

Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

TIPLES CÓMICAS
MARÍA MONTES



Lit. de Brabo, Descompañio. 19 y Carbon. 1. Madrid Tiene una gracia ¡hasta allí!
y una hermosura ¡hasta allá!
y me gusta ¡porque sí!
y es una actriz ¡que ya, ya!

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Los Colmenares, por Eduardo Bustillo.—Sarcasmos, por Sinesio Delgado.—LAS VIRGENES LOCAS. Conclusión del capítulo VI. *Un parate sin masones*, por Clarín.—Adrián el saboyano, por José Estremera.—[Protesta], por José Jackson Veyan.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: María, Montes.—Actualidades.—Los del gancho, por Cilla.



Desde que comienzan los calores y salen con dirección á las provincias los poetas de lana en busca de certámenes, ya no sucede en Madrid cosa de provecho ni hay asunto para escribir crónicas.

Disuélvense los círculos literarios, los círculos elegantes y todos los demás círculos que aquí funcionan durante los meses de invierno. Este año, sin embargo, continúan abiertos los círculos políticos; pero en estos no hemos de penetrar, á Dios gracias.

Quédese esta ingrata visita para esos chicos que siguen la carrera de admiradores de tal ó cual personaje y se pasan la flor de su existencia tributándole elogios entusiastas y diciendo al oído de todo el mundo:

—¡Oh! ¡D. Fulano! ¡Qué hombre! ¡Si viera V. qué discurso piensa pronunciar el jueves!... Pero le ha salido un granito en el cielo de la boca.

De jóvenes así está lleno el salón de conferencias, y por lo general su conversación es siempre la misma.

—Hay crisis: es cosa segura ¿Y sabe V. quién dicen que va á entrar? D. Fulano.

—¿Pero tiene talla de Ministro?—contesta V. con la mejor buena fe del mundo.

—¿Que si tiene talla? V. no sabe lo que vale ese hombre. Había V. de verle en su casa, dictando cartas al escribiente y al propio tiempo cortándole el pelo á los niños, sin perder la ilación.

—Ya se ve que es persona lista.

—¿Y en aritmética? Todos los días le toma la cuenta á la criada y él es quien apunta el gasto. Parece mentira que con lo que tiene que hacer, aún le quede tiempo para la política. Sólo teniendo una cabeza privilegiada como la suya. Diga V. que él no quiere darse tono, que si no...

No pregunte V. qué carrera tienen estos jóvenes, ni en qué se ocupan, ni para qué sirven. Casi todos han obtenido una credencial por la influencia del personaje á quien admiran, y esperan con impaciencia el triunfo de su partido para tomar asiento en las Cortes.

Como éstas no se han cerrado todavía, ellos tampoco han salido de veraneo, porque tienen que á acompañar á sus personajes correspondientes todos los días hasta las puertas de la representación nacional. Algunos contraen además la obligación de sacar á paseo los niños del personaje, y es de ver entonces con qué majestad se dirigen al Prado ó á Recoletos, rodeados de chicos, y con qué énfasis contestan á sus conocidos cuando les preguntan de quién son todos aquellos renacuajos.

—Pero, no los conoce V.¿—responden sonriendo.—Pues si son hijos de D. Fulano.

Y pronuncian el nombre del personaje, como si fuese el de la Virgen Santísima.

Casi todos estos jóvenes llegan, andando el tiempo, al pináculo de la felicidad y acaban en Gobernadores civiles ó en Directores generales de cualquier cosa.

Entonces pregunta V.:

—¿Quién es ese Fulano á quien acaban de nombrar director?

Y le contestan:

Uno que andaba siempre con D. Perengano, y que dicen que si le limpiaba las botas y le barría las habitaciones cuando se quedaban sin criada.

**

El calor y la felicidad hacen una mezcla aborrecible.

Y sin embargo, la gente asegura haber gozado mucho en la verbena del Carmen. La calle de Alcalá parecía la antesala del infierno, antes de hacer la limpieza. El polvo se introducía por la boca, convirtiéndose el tubo digestivo en carretera del Estado.

Todo el país, más ó menos contribuyente, abandonó los hogares y se lanzó calle de Alcalá abajo, en busca de rosquillas, torraos y demás pedruscos de la estación.

La autoridad no ha intervenido en ningún suceso triste, porque ya se sabe que no quiere meterse en esas cosas, aunque le roben á uno el reloj ó le dejen en cueros vivos.

Algunas personas bien acomodadas, despreciando los placeres populares, se dedicaron á viajar en tranvía desde la Puerta del Sol á la estación del barrio de Salamanca.

Estos viajes de placer ofrecen gratas emociones, y hay quien realiza tres ó cuatro todos los días, para hacerse la ilusión de que se dirige á San Sebastián, pasando por la Cibeles.

Los seductores de oficio viajan en tranvía con fines malévolos, y hacen conquistas á docenas, porque nada aviva tanto el fuego del amor como los viajes.

Si el seductor es de la clase de empedernidos, llega á la estación y desliza al oído de su víctima estas palabras:

—Mañana, á las ocho y media; Puerta del Sol. Tranvía de Arguëlles.

Si es un simple seductor de mirada candente y mutismo constitucional, se limita á seguir con los ojos á la tímida gacela y lanzar un hondo suspiro, como si quisiera decirla:

—Yo soy muy guapo; pero no quiero abusar de mi físico... Adiós. ¡No nos volveremos á ver en el mundo!

**

Ya se habla de la próxima temporada teatral, que ha de ser notable, según afirman los empresarios.

Lo que no tendremos ogaño será zarzuela seria, suponiendo que la de otros años haya tenido seriedad.

Excepción hecha de Alicia, que de puro seria hacia llorar á los acomodadores, todos los demás dramas líricos son cosa de risa.

Yo, siempre que he visto en capilla al tenor de *La Tempestad*, he estado deseando que lo ahorcaran cuanto antes. Después ví que la tiple de *El Reloj de Lucerna* había caído en poder del Aboyer, y hubiera tenido mucho gusto en que le cortaran la cabeza.

De todo lo cual resulta que mientras las actrices no hacen más que hablar, parece que se interesa uno por su suerte y que les desea alivio en sus enfermedades; pero en cuanto se ponen á cantar, ya se acaba la compasión y las consideraciones.

Por eso digo que no creo en la seriedad de los tenores ni de nadie que refiera sus cuitas con voz aguda y acompañamiento de trombones.

**

Anúncianse varias bodas para el próximo otoño, según dicen los revisteros.

Ni á VV. ni á mí nos interesa que la discreta Srta. de X. vaya á unirse en indisoluble lazo con el consecuente elegante Sr. Q.

Nada más lejos de mi curiosidad ni de la de VV. que la noticia de que en París le están haciendo los calzoncillos al novio; pero existen personas que se dedican á la tarea de registrar las casas y meterse en los cajones de los armarios; lo cual que si llevo algún día á ser autoridad, pienso entregarlos al juez para que los encause, porque los hay que hasta se llevan las cucharillas.

LUIS TABOADA.

LOS COLMENARES

Son muchos, bien avenidos
y unos de otros uña y carne.
por buscar donde comería
y tener con qué agarrarse.

Que comen nada le dedia,
porque ya no ignora nadie
que, por su peso, han venido
del Estado á ser gravamen;
pues con su tacto de todos,
la familia innumerable
hizo ya del presupuesto
colmena de Colmenares.

No hay partido en qué no tengan
cultivo de voluntades,
y cosecha de falluyentes
y acopio de personajes.

El papá se halla en *sumaria*,
los chicos son liberales,
y son la mamá y las niñas
poliflas de los altares.

de presbíteros guerreros
hijas espirituales,
esperadoras de Príncipes
y jaleadoras de infantes.

Y así, sin previo convenio
ni mequivaleos alrede
natural, sencillamente
los papeles se reparten.

Como antigua compañía
de acoplados comediantes,
cada cual se da al estudio
del tipo en que está en carácter.

¡Qué barbas nos representa
el papá usado y grave,

qué galaneros los chicos,
la mamá y las niñas que angeles!

Perfiles usan dos de caras
de oficio, para castron,
y el papá prepara el dote
en un par de credenciales.

Y no tienen los dos yerros
del porvenir que cudarisei
para Dios crían los hijos
y que España se los pague.

Tribu será esta familia
antes de tres navidades,
y la ha costado al Tesoro
más de trescientos mil reales.

Donde ellos casen de verinos
no hay valor que los aguante,
ni sano que en cama duerna
ni enfermo que en paz distancie.

Tienen el pupilo su casa
gran variedad de anales,
y á diario treinta certales
entre salientes y entrantes.

Serán paños y estaleras
del infierno sucesales,
y habrá crugidos de recluso
y desplomas de balustras.

Cuando entra de algo en dominio
usa tribu formidable,
parece atrevido ejército
de conquistador que invade.

Y, en fin, viendo á la familia
felia de los Colmenares,
se halla el mundo más pequeño,
pero á Dios mucho más grande.

EDUARDO BUSTILLO.

SARCASMOS

Ocho ó nueve barrenderos
y seis ó siete aguadores,
dos ó tres trasnochadores
y cuatro ó cinco tenderos,
cada cual á su manera
mostraban su desgrado,
en torno de un desgraciado
muerto en mitad de la acera.

Conservaba todavía
el frío rostro inenarrable,
grabada la mucca horrible
del dolor de la agonía,
y aún con la diestra apretaba
la botella de aguardiente,
que defendió inútilmente
al pobre que la llevaba.

Daba clara explicación
de lo que había pasado
un toco puñal, clavado
en mitad del corazón,

en cuya acerada hoja
había un par de señales,
de marcas y de iniciales
grabadas en tinta roja,

y metido entre las dos,
medio borrado, un letrero
que decía:—«Olé, salero!
¡Viva la gracia de Dios!»

II

Marchaban á la sordina
diez hombres y dos carretas
que conducían galletas,
garbanzos, vino y cecina.

Si se llegaba á perder
toda aquella provisión,
de seguro el batallón
se quedaba sin comer.

Y rendida de fatiga
con mucha hambre y poca ropa
la tropa, cruzando tierra enemiga,
y pensando en el pedazo
que sufriría el mordisco.

¡Belló de pronto en un risco
el fulgor de un fogonazo;
preparó su carabina
el sargento, y dijo:—¡A ver,
muchachos, á defender
la galleta y la cecina!»

Y apenas se extinguió el eco,
se echó encima la gentuza
y se arma la escaramuza
á bayoneta viva.

Cuando se acabó la cosa
quedaron, muertos ó heridos,
ira de la escueta tendidos
en la senda pedregosa.

El *galleta* restante
arregló fardos y cajas,
y hecha la lista de bajas
siguió el conyoy adelante.

Hasta que ya, sin cuidado,
y muertos de hambre y de sed,
toparon con la pared
de un ventorro abandonado.

Salió de entre los hachos
una guitarra podrida,
y se armó baile en seguida
¡al pie de los panecillos!

SINESIO DELGADO.

LAS VIRGENES LOCAS

CAPITULO VI

Un paraíso sin manzanas

Conclusión

Aquella misma tarde se celebraron las ángidas bodas de Elena y Octavio. Venus Urania, la pobre loca, se creía desliga-

(1) Véase el núm. 177.

da para siempre de Evaristo, su legítimo esposo. Y así como D. Quijote entendió que para verse armado caballero convenía atender á las ceremonias que le impuso el ventero, y pasó la noche velando sus armas, Elena, en el extraño rito que ella inventó, juntando reminiscencias de sus lecturas clásicas con sugestiones de la fantasía extraviada, dispuso que, después de vestido Octavio con un blanquísimo jiton de lino, y previo un baño aromático, ambos pasarían gran parte de la noche solos en el cenador del jardín contemplando la luna llena y hablando de amor por el estilo platónico. A todo se avinieron D. Salustio y Ortega, el cual pedía fuerzas al cielo para poder resistir las graves tentaciones de que esperaba sin falta verse acosado dentro de poco.

D. Salustio no hacía más que mirar á Octavio como quien implora compasión y de camino cocha una sonda en el ánimo de aquel á quien deprecia; y se rascaba la punta de la nariz de vez en cuando, signo inconsciente de lo pelagudo que el caso le parecía.

Llegó el momento crítico. Dispúso el aparato de la ceremonia, fantástica y jugana; las *teorías* de cridos se deshicieron; en brazos de Octavio primer apuro, pasó el nupcial de la casa Elena, y con éstos y otros majavientos clásicos, llegó, como dierda, la hora al punto de quedarse á solas en el jardín los fingidos esposos.

Antes de separarse de ellos D. Salustio apretó la mano con fuerza á Octavio.

—En V. nombre —le dijo.— V. es hombre de honor...

Octavio, palido de emoción y un poco de frío, inclinó la cabeza en silencio. Ante se la tarde había sido todo lo calurosa que suelen ser las de Madrid en esta época del año, y la noche no entraba con menos fuego. Octavio, no acostumbrado á la ropa talari, sutil y flotante, temblaba á ratos debajo de su jiton simplicísimo, pues su traje á la moderna había desaparecido por completo.

Salió la luna redonda, roja, y Octavio estornudó tres veces. Elena sonrió, tendió la mano á su amante esposo y le sentó á su lado en un banco de césped bajo la bóveda de jazmín fragante y de madreselva.

—¿Tu no has leído el Código de Manu?—preguntó la esposa.

—Algun extracto—contestó el esposo, que precisamente pensó que estaba allí como en calzoncillos, pues la poca ropa de lino que le tapaba las piernas, no equivalía á unos pantalones.

—¿Tus allí se habla, como sabes, de ocho clases de matrimonios, y una de ellas es la de los *misticos celestes*. Sean nuestras bodas de esta clase: músicas celestiales nos arroben, y al calor de nuestras ideas, y al frotar de nuestras miradas brote el sagrado fuego del amor sin mancha con que sueñan todos los hombres, y al que renuncian los más, al cabo, por una especie de abdicación del espíritu á que la carne pone priesa. Dime tú, esposo mío, alma hermana de la mía, boton del mismo ramo, pétalo de la misma flor, confiérame tus deseos más callados, más escondidos, tus sueños muertos en flor, tus ilusiones casi olvidadas de puro recónditas y marchitas. ¿No es verdad que en el fondo del amor, según pudiste gozarle en el mundo, encontraste un desengaño?

—¿No es verdad que después de unirse los cuerpos en ese abrazo íntimo que yo ignoraré toda la vida, hay una tristeza disimulada, un silencio penoso, un gemido sofocado de las almas oprimidas, que mientras la carne se estrujaba gozando, se sofocaban llenas de mortal hastio? ¿No es verdad, mi esposo, que tú, y mil como tú, quisierais en vano allí, en sueños, á la mujer completa, á la mujer que fuese compañera del cuerpo y también del espíritu? Necesitáis compañera para las fatigas vulgares de la vida; queréis blanda almohada de amor, de ternura y caricias para descansar de las faenas ordinarias, y no habéis de necesitar compañera, de la amiga, lecho de rosas del espíritu, cuando volvéis muertos de fatiga y desaliento de las batallas de la conciencia, de las tremendas derrotas en que os vence la duda, dispersando y acorralando y aniquilando todos vuestros miserables ejércitos de ideas disciplinadas? Las lágrimas más dulces y sublimes que llora el hombre, no las ve la mujer ni las comprende. Cuando lloras de admiración ante la obra del genio, ó ante una ráfaga de caridad verdadera, ó ante la tristeza santa de la miseria humana, oscura, resignada, sublimemente resignada y sola, ó lloras porque la fibra más misteriosa del sentir es herida por brisa espiritual desconocida, y rezuma la sangre del llanto, jamás en estos grandes momentos de la vida te acompaña, pobre mortal, la mujer que llamas tuya. Igúálame á tí, júntame á tí, esposo mío; abrazame con el corazón, dignificame en tu espíritu, úngeme de la esencia de tu persona, arráncame a la soledad que rodea á mi alma, y arráncame de la soledad que rodea á la tuya; júntense de verdad los corazones... la vida es un desierto; esposo y esposa, dos pastores que en él se cruzan por azar... y han de pasar uno junto á otro sin hablarse, sin amarse de veras! No, no; júntense las almas, que no sólo se mezclen los

ACTUALIDADES

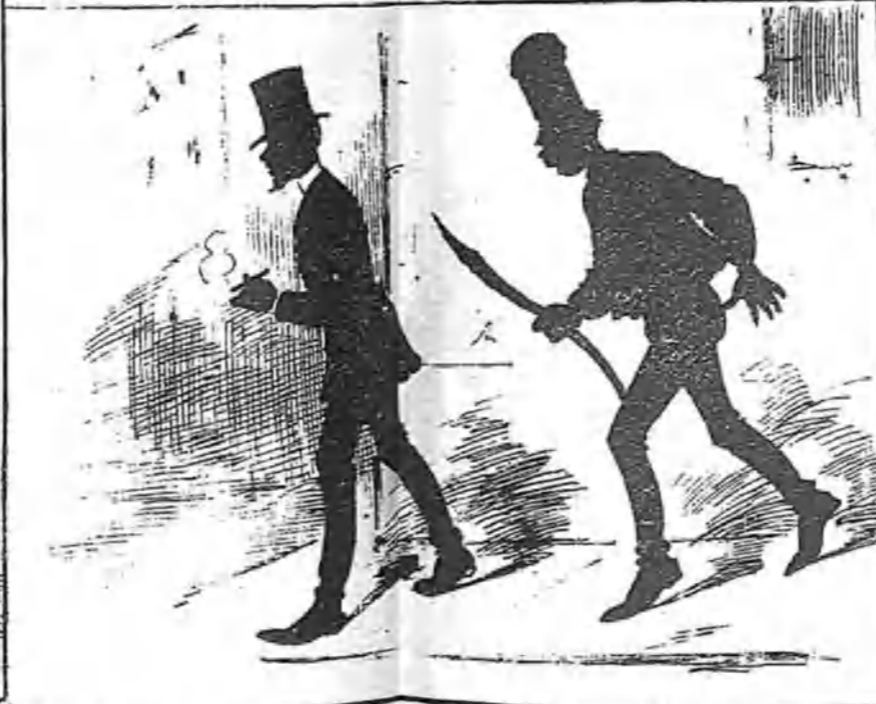


—Vaya, buenas noches; y le agradezco a usted mucho la compañía, y el chico de limón, y las entradas de Price..

—Bien, pero...
—Pero ¿qué?
—Nada, nada, que V. descanse. (Esta niña no me cumple nunca la última parte del programa.)



—¿Sabes lo que pasa? Que han falsificado los billetes de cinco duros.
—¿Y á mí qué? Mientras no falsifiquen las alubias....



—Le agarró por las aldillas y con muy buenas maneras le pido un par de cerillas pa subir las escaleras.



—Pues señor, hace uno muy mal papel viniendo solo. No vuelvo al Retiro por las mañanas sin mi parejita correspondiente.



—Adiós, chico.
—¿Te marchas?
—Sí; á Cauterets.
—¡Cauterets!

hatos, sino también los pastores; hagamos de la vida una alegría por el placer inefable de ser dos... Juntémonos... Mira mi pobre hermana: ella también busca compañero, pero como está loca, por una triste herencia, quiere que sea Dios quien la acompañe en el desierto... Dios, es decir, El, que tiene por su naturaleza que estar solo. No, no; el amor no es con el uno; el amor es unisónico, el amor es con *los otros*, con lo distinto, amar es prestar algo, dar algo, sacrificarse, y Dios no necesita de nosotros. Mi hermana busca a Dios, y así no hace más que seguir abundando en la soledad... yo, con la misma pureza que ella, con el mismo afán ideal... busco al hombre, al ser finito capaz de amar y ser amado; a lo divino, sin dejar de ser humano: job, suprema felicidad, posible en la tierra!

Juntó las manos Elena, alzólas al cielo, miró a la luna estática... y después, temblando toda, encogió los hombros, estrechó entre ellos la garganta, inclinó la cabeza, cruzó los brazos y se acercó a Octavio más, como buscando un nido en su regazo, un apoyo en su pecho.

Ortega, que hacía rato daba diente con diente, porque, apesar de todo, se moría de frío en aquel traje, y tenía ya el terror pánico de la pulmonía; Ortega, digno, no pudo resistir a la tentación de dejar que Elena se le arrimase. No fue la voluptuosidad quien le venció, sino el frío. Aquel calor humano, suave, aromático, era irresistible; el honrado joven no tuvo valor para resistir aquel abrigo que se le arrimaba amorosamente.

Elena quedó como embelesada. Reinó el silencio, en que resplataba el rumor tenue de la brisa jugando con las hojas de los árboles. La luna se escondía, ya pálida, en el cielo limpio por una escala de nubes largas y tenues de un gris indefinido orlado de plata. A lo lejos sonó de repente un piano de la vecindad, tocado por mano experta.

Aquel piano hizo a Octavio pensar en la realidad. Aquí todos estamos ya locos, se dijo, y un loco no es responsable, y yo voy a hacer una barbaridad...

—¿Me quieres?—le preguntó una voz dulcísima y apasionada que sonó junto a su pecho.

—Sí, sí, sí... te adoro... eres mía, Elena, mía... y levantó entre sus manos la cabeza de la loca, que se apoyaba sobre el corazón del novelista.

Los ojos de la virgen estaban llenos de lágrimas, su expresión era la del amor más acendrado... pero loca, sí, loca; faltaba allí un testigo, la razón... Aquella soledad en que se vio con el cuerpo de una mujer hermosísima, aterró a Octavio al mismo tiempo que le excitaba al crimen. Besar aquella boca, gozar de aquella criatura inocente... era una especie de pecado peor que el abuso más asqueroso de la infancia, era peor que la más infame de las abominaciones... y con todo, ¡qué sabor fuerte, salvaje, irresistible, original y terriblemente corruptor tenía aquella voluptuosidad que se le ofrecía tan cerca!

—Elena, Elena; ¿me quieres tú a mí, eres mía?

—Sí, sí, sí... te adoro—dijo la loca.

De pronto Octavio todo lo vio rojo; mejor, no vio nada... su cabeza se inclinó sobre aquella de ángel sin razón, que tenía debajo... y en aquel momento un rumor de las hojas, más fuerte que el de la brisa, le hizo volverse y mirar a su lado.

A pocos pasos, entre el seto de rosales apareció Carmela, toda blanca, con los ojos levantados al cielo, las manos cruzadas. Andaba como una sonámbula. Nada veía de cuanto la rodeaba.

—Es mi hermana, la pobre loca—advirtió Elena poniéndose en pie de un salto.—Ven, escondámonos, observémosla; verás cómo se le aparece Jesús.

Sin salir de la glorieta, se escondieron Octavio y Elena en un rincón oscuro, entre la hojarasca del jazmín y la madreleiva. Elena oprimía su cuerpo contra el de Ortega con todo el descuido de la absoluta inocencia, procurando así hacer menos bulto. Y metiéndole los labios por el oído, y quemándole con su aliento, le decía:

—Mira; la infeliz ha heredado el espíritu loco de una ascendiente nuestra. Existe en los anales de la historia de los míos, que mi padre conserva, como buen psicólogo moderno, la herencia de la triste enfermedad de mi hermana. Uno de nuestros abuelos, los de mi padre, tuvo una hija, loca también y mística... y así... en esta familia de mi padre, por parte de su madre y siempre de mujer en mujer, jamás en los hombres, se ha repetido con frecuencia el terrible misticismo loco. El de mi hermana se exaspera con la ausencia de Jesús... pero en cuanto el Amado llega, se calma. Mira, mira...

Carmela, de rodillas sobre la arena del camino, expresaba terrible angustia en su hermoso rostro pálido. Un sormullo gutural que fue creciendo hasta ser grito desgarrador, salió de su boca entreabierta...

—Jesús, Jesús, ven; ven Amado!...—pudo decir a grandes voces...

Y a la luz de la luna, entre unos árboles de espesas ramas,

apareció Jesús, con larga túnica morada, la cabeza, de melena abundante, ceñida por corona de espinas, los pies descalzos, un brazo tendido a lo largo del cuerpo, el otro hacia Carmela.

La mujer se postró hasta besar la tierra; la aparición se acercó a ella con paso grave, la colocó una mano sobre la cabeza escondida, y después de inclinarse, le habló cerca del oído palabras reposadas que no llegaban a Octavio.

El cual sintió escalofríos. Elena, nerviosa, sin darse cuenta de lo que hacía, se ceñía al cuerpo del pobre esposo.

—¿Ver cómo la engañan? A mí no; tú eres mi amor verdadero, no una sombra; eres mi esposo, el esposo de mi alma;—y se le colgó al cuello, extasiada.

Octavio, embriagado por aquel ambiente de mujer hermosa y virgen, ya no tenía conciencia... pero un terror supersticioso le contenía... ¡Aquella aparición!... ¿Qué Jesús era aquel?

Pronto lo supo.

Elena, como inspirada, le dijo al oído:—Sígueme.—Y de la mano, le llevó tras sí. Atravesaron el sendero donde Carmela continuaba postrada a los pies de Jesús, que la hablaba al oído.

Al pasar, de puntillas, los esposos cerca del grupo místico, Jesús levantó la cabeza, miró a Octavio, le sonrió dulcemente, y poniendo un dedo sobre los labios, hizo un gesto de suprema elocuencia, en que Ortega tuvo que leer esto: «En tus manos encomiendo mi honor; yo, Jesús... y padre, respondo de la pureza de mi Carmela; tú, hombre... y falso esposo, respóndeme de la pureza de mi Cristina.»

Si, sí, será un santo, pensó Octavio ruborizado, al ver aquel padre amoroso disfrazado de Nazareno ante su hija loca.

El piano a lo lejos tocaba el tercer acto del *Fausto*, el final.

Elena llegó a la puerta de la casa.—Ahora adiós... voy a hablarte desde esa ventana... por dentro.—Y echando los brazos al cuello de Octavio le dijo:—El amor sólo llega hasta aquí.—Y desapareció.

Un minuto después se presentó en la ventana, sin más ropa que el jilón vaporoso.—Acércate, esposo mío, dijo su voz armoniosa, cual rumor de muchas aguas.

La luna se reflejaba en los vidrios de la ventana. Octavio, sin saber lo que hacía, apoyó la cabeza en la pared y echó a llorar... Estaba enamorado de una loca, sí, estaba seguro.

El piano hablaba del *Fausto*, de la escena del jardín... como la realidad. Margarita, en la ventana; él, el seductor, allí debajo... ¿qué hacer?

Elena le decía:

—Ven, ven, ¿qué tienes? ¿Por qué lloras? Llora en mis brazos ven...

—No, no, alma mía... cierra... hasta mañana... cierra...

—Ven, ven, hablemos de nuestro amor puro...

—No, no... cierra...

Elena, irritada, cerró de repente.

—¡Oh! Espera—gritó Octavio furioso. Y se arrojó hacia la ventana, que rechazó sus impetus. Mil deseos ardientes despertaron en su pecho como vólvoras... «¡Oh! Fausto, Fausto, soy Fausto... pero idiota... he perdido el paraíso del amor... ella es mi esposa, ella lo dice...» y golpeaba la madera como un demente...

En aquel instante se separaban Jesús y Carmela, allá a lo lejos, envueltos por la claridad de la luna...

Carmela, con los ojos humillados, volvió, ya tranquila, a su aposento.

Jesús... se quedó sólo paseando por el jardín. Su silueta sagrada, mística, santa cruz en la sombra de la nada, en la falsedad y el engaño, difundía un aroma de piedad en la noche clara de luna llena...—Sí—se dijo Octavio,—es la escena del jardín de Fausto... pero, en último término, no está Mefistóteles que se burla, sino Jesús... que me agradece lo que hago.—La sombra del Nazareno suavizaba el espíritu de Octavio. Las malas pasiones hufan ante aquel perfil de Cristo.

—No es Jesús... pero es su padre—pensó Octavio.

Y tras una pausa, golpeándose la frente, añadió:

—Sí, sí, venció hoy el deber; pero ¿y mañana?

[Se continuará.]

CLARÍN.

ANDRÉS EL SABOYANO

Andrés el saboyano
amaba a su vecina,
la hermosa Catalina,
con el amor de hermano.

Aunque era su lugar una aldehuela,
el maestro de escuela,
era gefoso é ilustrado, tanto,
que al par que la cartilla

les enseñó la música y el canto;
y el chiquillo, más listo que un diablo
al cantar en el coro, en la capilla
dejaba tamaño al mismo cantante.

¿No es esto maravilla?...
Pues aún mejor cantaba la chiquilla.
El domine le dijo muchas veces:
—Si tú alcanzas la suerte que mereces,
has de sobrepasar á más de cuatro
que ganan honra y oro en el teatro.—

Todas las aficiones
de los dos niños, eran
dar paseos al son de sus canciones,
tomadas ya de santas oraciones,
ya de alegres cantares
ó de tiernas baladas populares.

Un día dijo Andrés á Catalina
—Escucha una canción que yo he compuesto.
¿La querrás tú cantar?

—Pues, por supuesto,
y de muy buena gana
verás que se la canto
al maestro mañana
para que, el buen señor, que sabe tanto,
vea que en ti su celo se aprovecha,
porque yo estoy segura
de que ha de estar esa canción bien hecha.

II

—¿Qué? ¿Tú escribes canciones, chazora?
el domine le dijo al otro día.—
A ver, á ver... ¡Valiente tontería!
Dedica á los estudios estos ratos
y ve al monte por leña,
y á vivir: zapatero á tus zapatos.

—Y yo—repuso entonces la pequeña—
que la creí tan linda...
—¿Qué sabes de eso tú? ¿Tienes razones
y basta: cada cual á sus lecciones.

III

La niña no ha olvidado todavía
la balada que Andrés compuso un día.

IV

Catalina, que se hizo una matrona,
gracias á su aptitud y su persona,
salió al fin al teatro de la Scala
á actuar de prima donna.

Se cantaba *El Barbero*;
el público la oyó con gusto; pero
se mostró reservado hasta la escena
en que Rosina, en la lección de piano,
iba á hacer un esfuerzo sobrehumano
con todos los primores que da el arte,
para poner al *pato* de su parte
y cantó con maestría

la balada que Andrés compuso un día.
Tal efecto causó la noche aquella
la linda saboyana,
que nadie hoy puede competir con ella
y es, entre las cantantes, soberana.
Publicó la canción un negociante
y ganó un funeral en un instante.

.....
Andrés el saboyano, el pobrecillo,
desde yo no sé cuándo,
tocando un caramillo
recorre Europa entera... mendigando.

José HSTREMERÁ.

PROTESTO!!

Estoy para suicidarme
por la política impía.
YO INOCENTE EN PAZ VIVÍA
Y ELLA VINO Á EMONZOÑARME.

Hoy me asedia esa traidora,
y estoy, Sinesio, angustiado;
puedo jurarte, Delgado,
que me asusta esa señora.

Tu testimonio oportuno
invoco en justicia; di,
cuándo político fui
contigo ni con ninguno?

No sé quién me levantó
calumnia tan injuriosa.
Yo podré ser... cualquier cosa,
pero político no.

Al interés nadie escapa;
yo podré escribir, es llano,
un himno republicano
y hasta una oda á Carlos Claga.

No es que un partido me halague,
es que en mi positivismo,
le canto á Cánovas mismo
con tal de que me lo pague.

Eso en mi lira indiscreta
no es opinión, es pitanza.
¡Es que veo en lontananza
la sombra de una peseta!

Aunque me exponga á la crítica
dejo esta razón sentada:
tengo una idea formada
tan triste de la política,

que llevo en ella á juntar
el *Oriente* y el *Ocaso*,
y pienso que no hay un paso
de Moyano á Castelar.

Te repito que no entiendo
verme político así.
¡QUÉ DELITO COMETI!
CONTRA VOSOTROS NACIENDO!

A mí nunca me han gustado
esos *dos*, lo confieso.

No sé dónde está el Congreso
ni sé dónde está el Senado.
Yo sé que no me darán
nunca la paz prometida,
y no he votado en mi vida
ni por *Padre* ni por *Juan*.

¡Político!... ¿Qué he de ser!
¡Contra tal supuesto salgo!
Si piensan que oculto algo
que me registren á ver.

No tengo color alguno;
mas tarde ya lo pense.

J. BARRÁS.

y á mis chicos les daré
un partido á cada uno.
Siendo seis, es de cajón,
mi mal no será muy grande
pues tendrá mande el que mande
un *chico* en la situación.

Sinesio, tú qué dispones
de un periódico, de fe,
te autorizo para que
publiques estos renglones.

¡Y sepa el que tal pensó
en hora calamitosa,
que yo seré cualquier cosa,
pero político no!

JOSE JACKSON VEYAN.



—Muchacho, ponle una silla
al punto á este caballero.
—Señorito: ¿se la pongo
con estribos ó sin ellos?

J. BARRÁS.

El Sr. Mansí, Director general de Telegrafos, la ha emprendido con nuestro colaborador Jackson Veyan y le ha partido por el ojo.

Ahora le ha trasladado á Viches, como castigo, y después, si le apuran un poco, le trasladará á los infiernos. Todo ello, según dicen, por motivos políticos.

¡Ah, Mansí, Mansí! Tengo muchísimos deseos de que le dimitan á V. Y le dimitirán.

Juan á su novia escribió:
Te quiero como á mi vida.
Firmó el pliego, y en seguida...
fué el hombre y se suicidó.

Escena conyugal.

—Esposo mío, es preciso que tomemos *el fresco* en alguna
playa. ¿Qué dinero tienes?

—Cinco duros, y la paga con retención.
—¿Estamos frescos!
—¿Lo ves? Ya no necesitamos *veranear*.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. F. S.—Madrid.—Como quien no dice nada,
es más mala que arrancada.

Sr. D. D. C.—Madrid.—Hombre, ¡por Dios! ¿una seguidilla sola, y todavía no es siquiera seguidilla?... ¿No ve V. que los tres últimos versos están rebosando silabas?

Sr. D. R. B.—Madrid.—¿Sabe V. que ahora me gusta poco? Es muy incorrecta la forma.

Sensibil.—V. por aquí otra vez! ¡Y con ovillojos!

Sr. D. R. M.—Valladolid.—¡Oh! muy defectuoso, infinitamente defectuoso.

Jayán.—Ninguna de las dos es aceptable.

Sr. D. R. A. N.—Madrid.—Se parece demasiado á la letrilla de Harzenbusch, pero con menos gracia.

K. D. T.—Toledo.—Sigue V. tan incorrecto como siempre, y además eso es fuercecito.

Sr. D. S. M.—Madrid.—Es conversación; no sabe V. contar las silabas. *Y una de poner*.—Buena, no está mal... en el abanico, pero aquí no tiene razón de ser.

Sra. D. A. R.—Madrid.—Como V. comprende, nosotros no debemos criticar la *idea* de fundar un periódico, si el periódico se funda y es como V. dice... entonces...

Solomillo.—No; no sirven.

Sr. D. A. C. I. T.—No sirve tampoco. El Madrid *Cómico* no se regala. Ha entendido V. mal la nota. *Aquello* resultó ser de Constantino Gil ¡Ah, picarona! Se tendrá en cuenta.

Un poeta mejor que Cánovas.—Escorial.—Puede ser que se aproveche alguno. No doy palabra. ¡El siglo! Kambia de los Estudios, 5.

Sr. D. A. G.—Madrid.—Iba á decir que era mediana, pero ya que me pongo, diré que es mala. Y tan amigos.

Lamparilla.—Y si publico eso, que no puedo, ¿creé V. que le importará á alguien?

MADRID, 1886.—Tipografía de Manuel G. HERNÁNDEZ, impresor de la Real Casa. Libertad, si duplicado bajo

MADRID COMICO

LA GENTE DEL GANCHO



—¿A que no sabe usted, seña Toribia, lo que me he encontrao anoche en metá é la calle de Jardines?

ANUNCIOS

MADRID COMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS
Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRICION

Madrid.—Trimestre, 2'50 pesetas; semestre, 4'50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4'50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Las suscripciones empiezan el 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de seis meses.

Los señores suscritores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Cervantes, 2, segundo

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

COMPañÍA COLONIAL
PROVEEDORA EFECTIVA DE LA REAL CASA
CHOCOLATES
ACREDITADOS CAFÉS

26 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

Y PARA SU DIRECTOR

LA CRUZ DE LA LEGIÓN DE HONOR
EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS DE 1878

TES.—TAPIOCA.—SAGU

BOMBONES FINOS DE PARÍS

Depósito general..... Calle Mayor, 18 y 20
Sucursal..... Montera, 8

Y EN TODAS LAS TIENDAS DE COMESTIBLES DE ESPAÑA

MADRID POLITICO

PERIÓDICO SEMANAL, POLÍTICO, SATÍRICO, ILUSTRADO

Se publica los miércoles

PRECIOS DE SUSCRICION

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 25.

A los corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Las suscripciones empiezan en 1.º de cada mes.

Los suscritores de provincias pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, certificando la carta en este último caso.

A los corresponsales se les remitirán sus cuentas á fin de mes, y se retirará el paquete á los que no hayan satisfecho su importe antes del 8 del mes siguiente.

Hay colecciones completas y se servirán á todos los que deseen suscribirse desde la fecha de su fundación por los precios marcados.

La correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Barquilla, 22, primero, izquierda

DESPACHO

TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO